

# Bétera, sonriente y perfumada

A 19 kilómetros de Valencia y 17 de Liria se alza sobre una loma, junto al barranco de Carraixet, esta villa valencianísima a la que llamamos sonriente por la blancura y alegría de sus edificaciones y perfumada porque toda ella huele a albahaca. Cada pue-

blo valenciano tiene su aroma peculiar. Unos huelen a clavel, otros a especias, los de la comarca de Sagunto huelen a fresas, los de la Ribera y los de la costa castellanense huelen a azahar. Bétera es la patria de la albahaca o «alfábega». En Murcia la llaman «alhábega». El nombre de la planta no puede ocultar su origen árabe. Dicen que, aunque traída desde la India, fueron los árabes los que la introdujeron por todas las tierras mediterráneas y con mayor arraigo en Valencia y en Baleares. Una de sus especies estaba en la India consagrada a los dioses. La albahaca es, como ustedes saben, una herbácea de diminutas hojas y leves florecillas blancas cuyas ramas se entrecruzan de manera natural y forman un pomo. Su perfume es fresco y prolongado y en los días calurosos esa frescura es grata en el interior de los hogares. Sus efluvios impregnan el pueblo entero.

«Les alfabegueres» son las mujeres de Bétera que fueron elegidas clavariesas de la fiesta grande que se celebra en honor de la Virgen el 15 de agosto. Cada una rivaliza en presentar la planta más crecida y lozana. Para lograrlo la han cultivado durante todo el año con especial cuidado, regándola siete veces al día y a veces más si el calor lo exige. Han de evitarse a esta delicada planta la lluvia y el sol de mediodía y hay que cuidar que ni sus propias florecillas entorpezcan el crecimiento de los tallos. Hay cultivadoras especializadas en Bétera a las que se llama obreras.

El «alfabeguer» es una suerte de macetón de cerámica, alto y esbelto, en el que se colocaba la maceta que contenía la planta. Fue preciosa obra de los alfares de Manises. Durante el día adornaba la habitación. Durante la noche y después del último riego, la maceta se sacaba del «alfabeguer» y se ponía al fresco. En su interior se guardaban preciosamente las hojitas secas de la albahaca que se usaban para infusiones y a las que desde antiguo se atribuyeron virtudes medicinales. De estos «alfabeguers» quedan bellos ejemplares en nuestro magnífico Museo Nacional de Cerámica González Martí.



Dos monumentales albahacas entre las ofrecidas a la Virgen de Agosto.

En Bétera se cultivan matas de albahaca que miden más de metro y medio de altura y de tres de perímetro. En Náquera y en el Cabañal también se cultivan. Y en Mallorca, pero es en Bétera donde son la ilusión de todo un pueblo. El poeta mallorquín Lorenzo Riber las cantó así:

«Jo t'estim, alfabeguera, — gentil planta riallera,  
estufada i finestrera — com un jove cor fadrí,  
plena d'olor volandera — que refresca i refrigera  
amb perfum de primavera, — amb frescor de serení.»

En la fiesta de la Asunción de la Virgen las gigantescas albahacas son llevadas al templo parroquial. Pasan los mayores luciendo vistoso pañuelo de seda al cuello, las obreras, vestidas de valenciana, llevan las macetas en unas adornadas parihuelas. Son las que cuidaron todo el año a domicilio las olorosas plantas cuando no lo hicieron sus propias dueñas. Las siguen las clavariesas vestidas de negro y ataviadas con mantillas de blonda y luciendo sus mejores galas. Las albahacas se colocan junto al túmulo de «La Mare de Déu d'Agost».

Una institución típica de esta fiesta es la «dels sombrillers». Parientes o novios de «les festeres» cubren a lo largo del cortejo a las mujeres que lo forman con unas sombrillas bordadas de oro y piedras preciosas que sólo se usan en tal día para preservarlas del sol. Es una costumbre llena de gentileza.

Bétera celebra en el curso del año muchas otras fiestas religiosas y profanas, pero la de «Les alfabegueres» es la más típica y popular.

## El pasado

Los moros de Bétera capitularon ante el Conquistador a comienzos del año 1237 con la condición de que fueran respetadas sus vidas, su religión y sus bienes y así se hizo. Poco tiempo después el rey concedió las villas y alquerías moras de Bétera y Boyla (hoy partida de Buñilla) al Comendador de Alcañiz, de la Orden de Calatrava. Fue el 13 de abril de dicho año.

En 1360 hubo una guerra entre Pedro IV y los nobles que se opusieron a que le sucediera en el trono una hija suya y defendieron la legitimidad del hijo varón del rey, llamado Don Jaime. En Bétera se dio la batalla, ganada al fin por Pedro IV, no sin haber conocido antes la derrota. El rey rasgó con su puñal los privilegios de la Unión y por eso se le llamó «del punyaleto». Dolorido el rey por su primer revés, mandó derruir el castillo de Bétera, que se reconstruyó tiempos después.

El 16 de agosto de 1386 la Orden de Calatrava donó Bétera, Masanasa, Masamagrell y Chirivella a don Pedro Boil y el 12 de diciembre de 1392 el rey Juan I confirmó la posesión del señorío de Bétera a Raimundo Boil, familiar de don Pedro. En 1437 Bétera pertenecía por entero a la familia Boil, tan vinculada a la historia de la Corona de Aragón y muy especialmente a la de Valencia, a cuya conquista contribuyeron Benito y Sancho Boil. Boil fue la corrupción del primitivo apellido Buil, influida por la voz «bous», los toros que figuran en su escudo desde las hazañas de esta familia en la conquista de Teruel, y por la acepción valenciana. Los Buil o Boil forman a través de los siglos una misma familia descendiente del alto Aragón, donde aún existen las ruinas del castillo de Buil conquistado en el año 712 por el caballero García Aznares, que tomó el apellido y creó el linaje con la aprobación del rey de Sobrarbe, lo que confirma el decir de los historiadores que afirman que los Buil o Boil son anteriores a los reyes de Aragón y a los Condes de Barcelona.

Esta poderosa familia se dividió en nuestro reino en tres ramas, todas descendientes de don Pedro Boil, señor de Huete y primero de Bétera: La de los marqueses de la Scala, también señores de Manises, cuyo palacio alberga hoy la sociedad valencianista «Lo Rat Penat», la que ocupó el palacio que aún existe en el número 4 de la calle de Libreros y la que ocupó la casa solariega de los marqueses

de Boil, ya desaparecida, que estaba en la plaza de Tetuán. En las dos primeras mansiones aún puede verse el escudo con los toros y las torres que son emblema de los Boil o Buil. Don Pedro Boil, fundador del linaje valenciano-aragonés, está enterrado en maravilloso sepulcro gótico en el viejo claustro del convento de Santo Domingo, hoy dentro del solar de la Capitanía General.

Aparte de los citados, recordemos a Guillem, que incorporó Castellón a nuestro reino; a Felipe, que recuperó Mallorca para la Corona de Aragón; al cardenal Jofre Boil; a un virrey de los Abruzzos; a López Boil, jefe de las tropas valencianas en las guerras de la Unión; a los Vives-Boil, que heredaron de sus mayores el señorío de Bétera; a Ramón, el «gobernador viejo», al que asesinó Pertusa; a Vicente, que adhirió Valencia a la causa del archiduque en la guerra de Sucesión; a Juan, embajador. Antes, al P. Bernardo Buil, que acompañó a Colón en el descubrimiento y fue el apóstol de la libertad de los indios. Después, a Carlos, poeta; a Buil y Bonet, escultor; a Prudencio Buil, coronel liberal caído frente a Cabrera en el Maestrazgo, abuelo mío; a Jaime, juriconsulto. Todos los Buil o Boil actuales descendemos de esta familia y, aunque apasionadamente valencianos, no negamos nuestra sangre aragonesa.

De la rama de los Boil o Buil, más tarde Vives-Boil, barones de Bétera, pasó el señorío al linaje de los Rocafull, de éste a los Rabassa de Perellós y, después, al marquesado de Dos Aguas. En 1955 eran baronesa de Bétera doña María de Arróspide y vizconde de Bétera don Rafael de Rojas y Dasí.

El escudo de Bétera presenta en su parte superior, a su izquierda según se mira, las cuatro barras de Aragón. A su derecha, las torres y los toros que son emblema de los Boil o Buil. En la parte inferior, bajo las barras, se ven dos troncos de árbol con tres peras, símbolo de los Rabassa de Perellós, y el castillo. A la derecha, tres conchas de peregrino en campo de azur que son armas de los Dasí, marqueses de Dos Aguas. En el vértice se ve una mata de albahaca, símbolo de la villa.

La expulsión de los moriscos de Bétera tuvo lugar en los días 5, 6 y 7 de octubre de 1609 por el Grao de Valencia. La villa quedó despoblada y en la mayor miseria, como todos los pueblos de donde los moriscos fueron expulsados.

En la guerra de Sucesión, Bétera —como el resto del reino— defendió la causa del archiduque de Austria que prometió respetar nuestros Fueros. Tras la derrota de Almansa, el conde de las Torres, jefe militar de Felipe V, la saqueó y la incendió. Como Játiva.

En 1811 las tropas españolas fueron atacadas en Bétera por el mariscal francés Suchet, que las obligó, tras reñida batalla, a retirarse por Villamarchante.

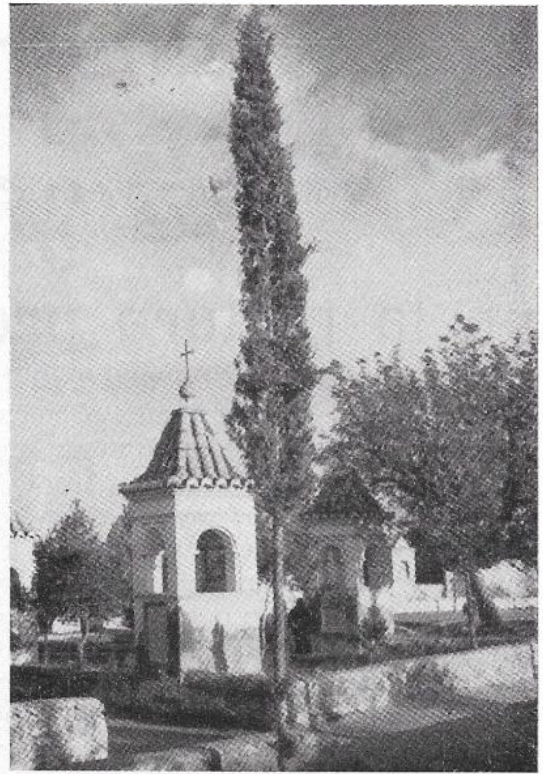
En las guerras civiles que se produjeron más tarde, ocupó Bétera el general carlista Cabrera.

## Mi visita a Bétera

He sido recibido muy amablemente en el Ayuntamiento por su alcalde don Francisco Alufre y por el concejal ponente de Cultura don Manuel Campos. Me dijo aquél que mi amistad habría de ser muy provechosa para unir vínculos ancestrales que tan arraigada historia tienen en esta villa. No tengo poder alguno ni ostento títulos que no he ganado. No puedo hacer más que —modesto periodista— ofrecer a Bétera esta crónica cordial. Don Manuel Campos me dijo que el pueblo cuenta con 7.000 habitantes, que progresa y lucha por superarse, que cuenta con una brillante banda de música, que la Ley de Montes tiene allí una aplicación colectiva admirable que a todos obliga sin distinciones.

Son dignos de visitarse el castillo, que hoy alberga el asilo de la Virgen del Carmen; el calvario, realmente sugestivo; la ermita Divina Aurora y el panteón de don Vicente Dasí Lluessa y de su esposa, marqueses de Dos Aguas, y de otros nobles parientes de los mismos; la Torre d'En Conill, el campamento militar, la iglesia parroquial de la Concepción, los retablos de las plazas de San Roque y del Caudillo y un encantador grupo de masías diseminadas por todo su campo, sin olvidar «La casita blanca», que perteneció al poeta valenciano Aguirre Matiol en la que falleció otro gran poeta nuestro: Vicente Wenceslao Querol, el 23 de octubre de 1889. Hay un medallón conmemorativo con el busto de Querol, cincelado por Mariano Benlliure. Merece visitarse su capilla privada dedicada a la Virgen del Amor Hermoso.

Existe un proyecto de obras de defensa contra las avenidas del barranco, muy adelantado. En la sufrida en 1949 el agua llegó en Bétera a la altura de tres metros y produjo gravísimos daños en el campo y en las viviendas, se ahogó mucho ganado y se paralizó la vida comercial. Se están urbanizando calles y erigiendo nuevos edificios, se construyó un campo de deportes y existe el decidido propósito de continuar las excavaciones en el «Tos pelat», donde se



Silencio, armonía y sugestión del Calvario.

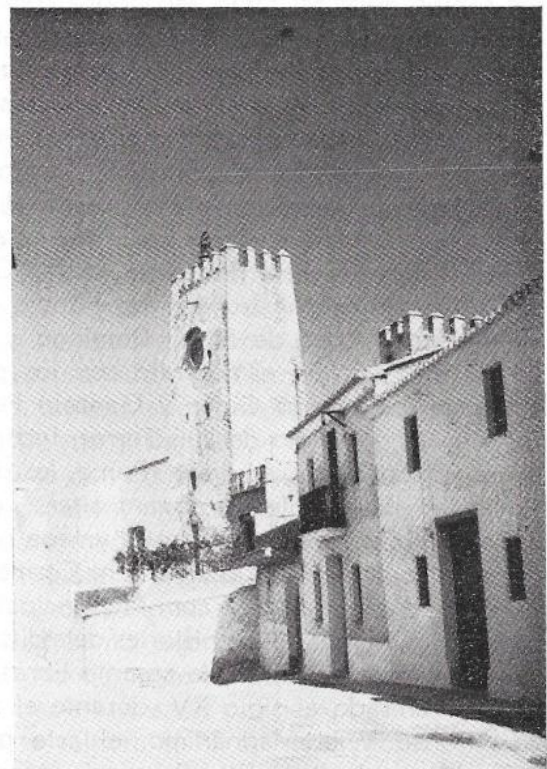
encontraron testimonios de la civilización ibérica, y también cerca de un algebe donde se hallaron restos de cerámica árabe.

Bétera vive una existencia laboriosa y feliz, siempre sonriente y perfumada por los frescos efluvios de sus albahacas.

**EDUARDO BUIL**

(Fotos Lisard Arlandis.)

Pérez Galdós: «La guerra del Maestrazgo».  
Martínez Aloy: «Historia General del Reino de Valencia».  
Vicente Badía Marín: «Bétera, mi pueblo». Con la colaboración de José Alejandro Pérez Tarín.  
Almela y Vives: «Elogio de la "alfábega"».



Detalle del castillo de Bétera.